

Domingo Peña, se ha hecho baquiano de Caracas

Elite.

Los Nevados es un "puebletico" muy pequeño que queda en el "trasero" de la sierra, en la vertiente opuesta a la que ven los merideños. Es una pequeña aldea de apenas dos cuadras de casitas de tapia y teja adheridas al suelo duro de los Andes. De trecho en trecho, pequeñas parcelas rectangulares, como insignificantes remiendos sobre sus inmensos lomos. Arriba, apuntando el cielo, enormes crestas inaccesibles: unas blancas de roca, otras blancas de nieve. Y Los Nevados, humilde rebaño de techos rojos, modestos conucos de verde, perdido en la inmensidad sin caminos. Cuando el frío muerde las ruanas, se adhiere a la tierra pisada de la tapia, los penachitos de humo de Los Nevados anuncian el calor de los hogares, humano rescoldo en la inmensidad fría de los Andes.

Como para la sierra no cuentan los años, así como hoy debía ser hace 60 Los Nevados. Nicolás Peña y María Antonia Saavedra tuvieron entonces un hijo: Domingo. Le criaron sin mimos; cuando hay que repartirlos entre catorce rapaces toca a muy poco. Apenas tuvo recias las piernas cuando le endosaron su ruana, y ¡a trabajar! La tierra no niega fruto: hay arbejas, papas, trigo, maíz, "un maicito redondo, de huevito" que se convierte en arepas que son una bendición. Pero las bocas son muchas, y hay que emigrar. Y de la familia de Peña-Saavedra "se fueron regando toiticos", y quedaron en la casa "dos no más": Pablo y una muchacha. Domingo fué a parar a La Aguada. Y allí está.

Domingo Peña no ha abandonado su sierra desde que nació. Desde chiquitico su padre le "jalaba a desherbar". Escuela no, "de ninguna clase, ni nada". Allí la sierra, el conuco, la casita de tejas rojas, y nada más. Pero algo de bueno ha de tener la sierra, cuando tantos la van a visitar. Y Domingo le sale al paso, a La Aguada, para conducirles donde ellos digan o puedan alcanzar. La sierra es enorme; Domingo la conoce palmo a palmo. Treinta años ha vivido en una vertiente, treinta años lleva en la otra. Nació en Los Nevados, dice que seguirá en La Aguada hasta morir.

* * *

Domingo se encuentra muy solo en La Aguada. Ya hace ocho años que se mudó "p'acá". Tiene noticias de Luisa, pero Los Nevados queda lejos, y eso es muy triste, "cará". Se concertó la boda. Domingo Peña y Luisa Castillo bajaron a Mérida para tomar juntos un nuevo camino. Por la sierra, ¡claro está! Les correspondía la Parroquia de Belén; una de las cuatro en que está repartido Mérida. Y de nuevo a La Aguada; ahora ya eran dos. Después vinieron tres varones y dos hembritas: Lucio, Clemente, Pedrito, Ana Julia y Elvia. Ahora son siete. La choza es un poco mayor: ha crecido el conuco, y hay más brazos para sembrar papas. Papas nada más. Y con ellas paga Domingo su arriendo tradicional: mitad para el "amo del páramo", mitad para él.

Cuando llegó Domingo a La Aguada, trabajaba para Don Antonio María Dávila. El Dr. Enrique Bourgoïn, que escucha el relato de Domingo, le interrumpe para preguntar: "¿El hijo del Dávila de la lamparita?"...

– El mismo, sí, sí...

Y el doctor Bourgoïn cuenta la anécdota: El viejo Dávila acostumbraba tomar sus palitos para curar el insomnio. Como a veces se desvelaba a media noche, preveía el remedio guardando una botellita debajo de la cama. Pero un día que regañó a la servidumbre por excesivo gasto de kerosén, determinó vigilar su consumo escondiendo esta botella junto al remedio de sus desvelos. A media noche se despertó, su mano buscó la botella en la oscuridad, la llevó a los labios, pero no se atrevió a gritar. Armó un terrible escándalo, pateó el suelo, corrió a la cocina. La servidumbre, alarmada, le encontró allí, buscando algo, tratando de decir algo con la boca llena; la cocinera lo advirtió y le trajo "la lamparita". El viejo Dávila escupió dentro... "Era un lechero". Domingo se ríe. Y sigue sembrando papas en La Aguada. Después las repartió con don Julio Cardona, el nuevo propietario; ahora sirve a don Benito Parra, el actual "amo del páramo". Con él sigue sembrando las papas a medias.

* * *

De Mérida a La Aguada hay tres horas de camino. Es el paso obligado de los que quieren visitar la sierra o intentar la escalada del Pico Bolívar. Por allí pasan también, y todos los días, los nevaderos que surten de los frutos de sus conucos el mercado de Mérida. Y para La Aguada esto es una especie de tranvía: Reciben de los Nevados algunas hortalizas; a su regreso de Mérida adquieren los fósforos, el kerosén, las velas, "un poquitico" de carne y otras mercancías. Domingo baja muy poco a la capital, apenas dos o tres veces al año. Cuando le visitan más los "forasteros de fuera" es en los meses de enero, febrero y marzo, los más propicios para la ascensión. Pero la afluencia de visitantes "no es parejito": unos tres grupos en enero, en febrero unos dos, y otros dos o tres en marzo. Pero "es tal cual vez, no es parejo, no". El recomienda siempre esta época del año, porque después se llenan de nieve "toiticas las gargantas", y se hace peligroso pisar.

Domingo tiene mucha experiencia. Pero la ha adquirido a golpes. Recuerda especialmente uno que estuvo a punto de terminar con él. Guiaba entonces a dos noruegos que tampoco eran novatos en esto de pisar nieve. Pero uno de ellos se agotó y quedó en "Pico Espejo". El otro seguía paso a paso a Domingo. Hay que afianzar los pies, y poner siempre el corazón un poco más allá del obstáculo, los ojos en cualquier sitio menos en el abismo. Domingo pisó firme, seguro, pero la nieve cedió, y "me rodé". Milagrosamente no fué grave. Pero cuando Domingo llega a esta parte del paso difícil, advierte: "Mucho cuidado, una vez 'me rodé' aquí". Y muchos viven hoy porque Domingo cayó una vez allí.

Domingo siempre camina por delante. El se encarga de trepar como un jovencito las rocosidades, amarrar bien el mecate, y hasta de jalar la cuerda para que suban los demás.

* * *

Domingo se levanta a las cinco de la mañana "toiticos los días". Toma su café, y ve despertar la sierra de su aterido sueño de roca y nieve. Desayuna a media mañana: papas y queso con arepas. Un poco después del mediodía, el almuerzo: y otra vez papas, esta vez con arbejas, y muy poco más. Fenecida la tarde, papas de nuevo, y café. A las nueve se apagan las velas en La Aguada, y a dormir.

Cuando más frío hace en La Aguada es en la madrugada; si es en diciembre o enero, mucho más: "amanece el agua coajada", y hay que prender muy pronto la leña del fogón.

* * *

Así ha llegado a los 60 años:

– Sesenta años, sí: "así me dijeron, yo no me acordaba"...

Domingo habla poco. Apenas lo justo para no pasar por descortés en la ciudad. Aquí llenamos el tiempo de palabras, él lo colma de reflexión tranquila, y cuando habla, dice más. Y hay veces que sin hablar. Cuando aspira entre dientes y labio en una especie de siseo invertido y largo, hay algo que le gusta; y si tiene que subrayar su admiración, aprovecha el mismo aire, lo bota por la nariz, temblándole las alas, con un sonido peculiar.

Es un hombre de mediana estatura, recio. Tiene los brazos largos largos, colgándole como si fueran remos que le ayudan a caminar; a veces le sobran las manos; una de ellas tiene preso su sombrero de cogollo; son manos sarmentosas, como raíces fuertes. Camina con ese paso largo, de pisar rotundo y flexible, que delata al montañero. Tiene el pelo negro, aplastado sobre la cabeza y sobre la frente. Apenas alguna cana. Los ojos chiquiticos y medio cerrados, acostumbrados al sol y los reverberos de la nieve, hechos a la inmensidad de la sierra andina. Tiene la nariz fuerte: un mostacho abundoso, sin fronteras; la quijada fuerte, los pómulos abultados, y las orejas pegadas a las sienas.

Ahora lo tenemos en la ciudad. Ha llegado a Caracas por primera vez. Domingo tiene un "sí" y un "no" rotundos en su vocabulario. Así evita dar explicaciones. Sí, le gusta Caracas, ¡uff!, es "maravilloso", "todo, todo, me parece muy bonito"...

Pero lo que más le han gustado son los edificios "grandotes" donde tiene que vivir "tantísima" gente. Y le gustan también las urbanizaciones: "esas casiticas" tan bonitas que hay. El Dr. Bourgoin, que le acompaña, le llevó a la catedral; lo que más admiró a Domingo fué la pintura de Michelena: "La Cena": "eso sí es maravilloso, ¡cómo pintan, igualito, ¿verdad?!... ¿Ese es Judas?... ¡Ah, ah, ese sí tiene cara de malo, ¡cará!... ese si está bien, está igualito"... Yo no sé dónde habrá visto Domingo el Judas a que se refiere, pero puede referirse a alguno que ha tratado al natural. Otro motivo de asombro para Domingo: la avenida Bolívar. Y allí reparó, sobre todo en el martillo enorme que clava las vigas en el suelo: "eso tan enorme, ¡cará!... eso lo llevo yo en mi memoria".

Cuando le conduje por los departamentos donde se confecciona la Revista, Domingo parecía hipnotizado por la simultaneidad de los diversos movimientos que se conjugan en una máquina y la precisión con que llegan siempre a su objeto. En el linotipo veía caer la placa de plomo formando ordenadamente la galera con tal precisión que le oía reflexionar para sí: "cará, y dígame esto", y silbaba para dentro, y botaba el aire

por la nariz con un sonido singular. Al dejar la máquina, le ví mirar con disimulo por detrás y repetía: "¡cará!, y dígame esto".

Domingo tenía alguna prevención contra los aviones, pero no sintió nada especial. Lo que le asombró de veras fué el mar; nunca sospechó él que hubiera en el mundo tanta agua, ¡a pesar de lo que le decían. En Caracas no sintió la menor molestia, ni de calor. El hombre estaba contentísimo, porque se había hecho baquiano de Caracas, y esto lo contará allí, en La Aguada...

A mí me gustaría estar allí cuando llegue Domingo. El ha de gozar mucho más relatando su aventura a su mujer, a sus hijos, al calor de la fogata de su pobre ranchito, que viviendo estos días de asombro, aquí, en Caracas. Pero también hay maravillas en su sierra, y otros nos cuentan magníficas cosas de ellas, y de él, de Domingo. Los que bien conocen el valor de sus servicios, quieren rendirle un homenaje y construirle una casita. Bien merece este pago el guía de los Andes, el guía del Pico Bolívar. La iniciativa de esa gestión ha partido de Mérida, donde conocen bien a Domingo Peña. Nuestro excelente colaborador Carlos Chalbaud nos ha comunicado un poco de ese entusiasmo, y ha hecho conocer a nuestros lectores muchos episodios magníficos de esta vida dedicada al servicio de los alpinistas andinos. El Dr. Bourgoïn, primer conquistador de la cima, en unión de Domingo, ha gestionado oficialmente la construcción de una casita para Domingo, y un refugio para los andinistas, donde hoy está emplazada la pobre cabaña en La Aguada. Sería justicia atenderles, y así se retribuiría un poco los servicios de Domingo Peña.